

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 12

El envío

En el fondo, el envío de la misa es el envío a convertir toda la vida de todos los hombres en Eucaristía prolongada, es decir, en manifestación de la gloria de Dios que culmina en la Eucaristía y en el misterio pascual.

Ahora, ¿qué referencia tiene este envío con la historia de salvación y con la historia de Jesús? Resume los dos momentos finales que cierran la historia terrenal de Cristo: la Ascensión y Pentecostés.

Retoma la Ascensión con el envío de los apóstoles: “Id y anunciad el Evangelio a todas las naciones, enseñándoles todo lo que yo les he enseñado” (Mt 28,19s). Es el envío misionero y evangelizador que se actualiza en cada Eucaristía. Pero va unido a una promesa: “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el final de los tiempos” (Mt. 28,20). Cristo nos envía, pero no nos deja solos. Nos acompaña todos los días mediante su presencia eucarística.

Y también renueva el momento de Pentecostés. Porque en el día de Pentecostés es cuando empieza a cumplirse el envío de los apóstoles y la promesa de Cristo de estar con ellos y de ir con ellos. El envío final de cada Eucaristía quiere transmitirnos ese mismo impulso que movió a los apóstoles a iniciar su misión evangelizadora.

El envío final equivale al momento en que se abren las puertas del Cenáculo y partimos a dar testimonio de lo que hemos vivido, a entregar a Cristo a los hombres, a unirlos a todos en su Espíritu. Para que así, penetrada por su fuerza, la humanidad se vaya haciendo una sola gran hostia: uniéndose los hombres por el amor, tal como se unieron los granos de trigo para formar aquel pan convertido en Cristo.

Así el mundo irá paulatinamente cristificándose, y la historia convirtiéndose en una gran Misa donde todo se vuelva ofrenda al Padre y comunión creciente entre los hombres. Hasta que Cristo vuelva, para elevarnos a todos con Él.

Prolongar el envío. ¿Qué significa prolongar ese envío que Cristo nos hace al final de la misa? ¿Cómo hemos de cumplirlo en la semana? Podemos dar testimonio de Cristo en la medida en que lo conocemos, en que lo hemos experimentado y lo hemos acogido en nuestro corazón.

A Cristo lo podemos anunciar de dos maneras: como palabra viva mediante nuestro testimonio, y como palabra hablada. Dar testimonio de Él no significa sólo hablar. Evidentemente, si yo en la misa he vivido un encuentro profundo con Él, me he emocionado, lo he sentido muy dentro de mí en la comunión -entonces necesito hablar de este Dios que me ha llenado el corazón, cuando se dé la ocasión. Pero cumplir el envío de Cristo al final de la misa, no es sólo hablar de Él, sino dar testimonio de Él a través de mi vida, mi ejemplo, mi trabajo. El testimonio vivido es el primer apostolado. Porque el hombre de hoy, más que palabras, necesita de modelos vividos.

Testimonio del trabajo. Con todo lo que yo hago a través de mi trabajo, para que haya más amor en el mundo, más unidad, más alegría, estoy cumpliendo la tarea que Cristo me dio al salir de la misa. Si la señora está cocinando, preparando con amor y alegría el almuerzo de la familia, está dando testimonio del amor que recibió en la Eucaristía. Y si el marido es ingeniero y está tratando de que la casa salga bien, sea acogedora, está cumpliendo el envío de Cristo. Es importante, vincular el envío final de la misa con nuestro trabajo diario. Porque es envío a penetrar el mundo, las realidades temporales, con ese mismo amor con el cual Cristo nos ha penetrado en la misa.

Testimonio de la vida matrimonial y familiar

Los matrimonios católicos, debemos transmitir al mundo el ideal de familia. Porque ese fuego que arde en nuestros hogares, si lo transmitimos bien, es un fuego que puede transformar el mundo. Nuestras familias son la base de la renovación: de la Iglesia, de la sociedad y del mundo.